

ÉMILE PERREAU-SAUSSINE

CATOLICISMO Y DEMOCRACIA

UNA
HISTORIA DEL
PENSAIMIENTO
POLÍTICO

PRÓLOGOS de
ALASDAIR MACINTYRE
y PIERRE MANENT



CEU
Real Instituto Universitario
de Estudios Europeos
Universidad San Pablo



Émile Perreau-Saussine

Catolicismo y democracia

Una historia del pensamiento político

Prólogo a la edición francesa de Pierre Manent

Prólogo a la edición en inglés de Alasdair MacIntyre

Prólogo a la edición española de Armando Zerolo Durán

Traducción de Fernando Montesinos Pons



CEU

*Real Instituto Universitario
de Estudios Europeos*

Universidad San Pablo



Título en idioma original: *Catholicisme et démocratie*

© Les Éditions du Cerf, 2011

© Ediciones Encuentro S.A., Madrid 2025

Traducción de Fernando Montesinos Pons

Traducción del prólogo a la edición inglesa de Manuel Oriol Salgado

Prólogo a la edición francesa de Pierre Manent

Prólogo a la edición en inglés de Alasdair MacIntyre

Prólogo a la edición española de Armando Zero lo Durán

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección Nuevo Ensayo, nº 146

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: TG-Madrid

ISBN: 978-84-1339-243-1

Depósito Legal: M-16213-2025

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com - info@edicionesencuentro.com

ÍNDICE

Prólogo a la edición española	7
Prólogo a la edición inglesa.....	15
Prólogo a la edición francesa	19
Introducción	25

PRIMERA PARTE

UN NUEVO ROL PARA EL PAPADO EN LOS ORÍGENES DEL VATICANO I

De Bossuet a Maistre: La desconfesionalización del Estado como problema político.....	33
La Constitución Civil del Clero	33
La autonomía del poder temporal depende de su pertenencia a la Iglesia	47
La pertenencia del poder temporal a la Iglesia puede suscitar la intolerancia	61
Insuficiencia de las constricciones espirituales, necesidad de constricciones temporales.....	67
La Revolución francesa a través del prisma de la teología política ..	75
Quiebra del ultramontanismo reaccionario	87
Los errores de cálculo de Napoleón	87
Según Félicité de Lamennais, la ley es ahora atea	103
Contra la teología política	113

Los papas se vuelven a centrar en su competencia espiritual	123
Alexis de Tocqueville y la permanencia del galicanismo	144

SEGUNDA PARTE

UN NUEVO PAPEL PARA LOS LAICOS EN LOS ORÍGENES DEL VATICANO II

Laicismo intolerante y laicidad liberal.....	167
Auguste Comte o el paso de la infalibilidad papal a la infalibilidad de la ciencia.....	169
El laicismo es un estatismo.....	176
Una concepción liberal de la laicidad.....	189
El catolicismo «según el sufragio universal», según Émile Littré..	197
Charles Péguy subraya que lo eterno se ha alojado en lo temporal.	204
Las virtudes políticas de la moderación	215
Ni Maurras ni Marx	215
Papel político de los laicos	230
La libertad religiosa, piedra angular del pensamiento político católico	248
Después del Vaticano II, un cierto desencanto.....	257
Laicidad positiva.....	274
Conclusión	283
Índice onomástico	293

PRÓLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

Cuando Émile Perreau-Saussine, muerto en 2010 a la temprana edad de 37 años, escribió *Catolicismo y democracia* lo hizo con la intención declarada de ofrecer «una interpretación del pensamiento político católico en la era democrática» y entrar de lleno en las conflictivas relaciones entre catolicismo, nacionalismo, liberalismo y democracia.

Este libro que ahora se publica en la colección «Pensar Europa» viene así a responder a una necesidad urgente en nuestros días. Europa no se entiende sin la relación necesaria que se da entre religión y política. Cuando la religión ha vuelto a convertirse en un «problema», la mayoría de los políticos se encuentran desarmados para responder como Dios manda. Por doquier asaltan argumentos nuevos que suenan a viejas disputas, pero que encuentran desprevenidos a los adalides de las democracias liberales que habían dado por zanjada la cuestión religiosa. «El debate actual —afirma el autor— ya no es entre regímenes políticos liberales y antiliberales, se trata más bien de saber qué régimen liberal lo es de verdad». Y en esta cuestión el pensamiento político católico tiene mucho que decir. Debe limitar los excesos del estatismo por un lado, y evitar el nacionalismo religioso por otro, y tamaña tarea solo la puede emprender enarbolando la bandera de la libertad, frente a unos y otros, y para todos.

A un católico de nuestros días seguramente le interese mucho responder a la pregunta de si la democracia está en deuda con el catolicismo, y le gustará encontrar en este ensayo un nutrido elenco de razones que demuestran el débito que las políticas de la libertad tienen con el cristianismo. Y, aunque esté menos acostumbrado a hacerse la pregunta en sentido contrario, también encontrará interesante descubrir las deudas que el catolicismo político tiene con la democracia.

Pocos historiadores bien documentados negarán que la democracia, tal y como la conocemos los occidentales, no existiría sin el cristianismo, aunque es posible que surjan más dudas a la hora de enumerar las deudas que el catolicismo tiene con la democracia liberal, incluyendo en ella episodios radicalmente anticlericales como el de la Revolución francesa. Pues bien, en este ensayo en el que no se atisba ni un ápice de ánimo polemista, sino un rigor exquisito por las ideas y la historia, se desentrañan las cuestiones más complejas del pensamiento político católico.

En un recorrido histórico que abarca el complejo periodo histórico que empieza con la Revolución francesa, pasa por el Concilio Vaticano II, y acaba en nuestros días, Émile Perreau-Saussine se pregunta por la relación entre el catolicismo y la democracia liberal, y cómo fue posible que la Iglesia de Roma acabase aceptando algunos principios anteriormente muy discutidos. No sabemos si al lector que se aproxima a estas páginas le resultará extraño que alguien se plantee seriamente si la Iglesia en algún momento podría haber tenido argumentos en contra de la democracia liberal o si, por el contrario, le parecerá lo más natural del mundo que, en defensa de la Verdad se prescindiera de la libertad. El hecho es que, tras un largo proceso, la Iglesia acabó abrazando el principio de la libertad religiosa que implica que, si la libertad es algo sagrado, entonces se acepta el derecho a equivocarse. De nuevo, a algunos lectores esto les parecerá obvio, y a otros inconcebible, pero lo cierto es que este es el punto donde el vector religioso se cruza con

el vector democrático. Si el cruce se entiende como un encuentro, o como un desencuentro, corresponde valorarlo a la inteligencia del lector, pero es necesario conocer que es de esto, y no de otra cosa, de lo que estamos hablando: la libertad religiosa como punto de encuentro y de separación entre religión y política.

La democracia liberal implica la afirmación de un derecho soberano del individuo a afirmarse a sí mismo, y a que nadie más lo haga por él. Sin esto, y sin aceptar sus consecuencias, no podemos seguir hablando de democracia tal y como lo hacemos hoy en día. Y es precisamente este problema el que, de nuevo, ha entrado en la escena política para criticar con fuerza, en nombre de la religión, la verdad de la libertad para oponerle frontalmente la libertad de la verdad.

La libertad religiosa, para el autor, es la piedra angular del pensamiento político católico, y el criterio que sirve para delimitar la frontera difusa que separa al Estado de la Iglesia. Dicha separación no es ni obvia ni frecuente. No es obvia porque su valor político no es unánimemente reconocido. Y no es frecuente, porque no se da en todas las épocas ni en todas las regiones geográficas. La libertad hoy en día sigue siendo la excepción. Es el resultado de un largo proceso claramente explicado en este ensayo, y que solo se da en algunas culturas europeas y americanas, pero que no afecta prácticamente en nada a otras regiones del mundo como la asiática, la africana o la rusa.

Los católicos han ido distinguiendo poco a poco la lealtad debida al Estado de la lealtad debida a la Iglesia. Aunque el principio existiese desde la doctrina de los Padres de la Iglesia, ha hecho falta un recorrido para comprender en la práctica que el Estado no es el brazo secular de la Iglesia y que, por ello, hay que rechazar la posibilidad del uso de la fuerza para reconducir a los ciudadanos extraviados.

La legitimidad del Estado ya no depende del reconocimiento oficial de la verdad del catolicismo. Y esto, que parece

revolucionario, no es más que una profundización en algo muy antiguo, muy verdadero, y muy olvidado, que dijo un personaje de la antigüedad cristiana, y que hoy vuelve a estar «de moda» gracias al papa León XIV. San Agustín, en su doctrina sobre las dos ciudades, es muy claro al rebajar las expectativas que debemos tener en la ciudad terrenal, y muy cauto al señalar dónde debe depositar su fe el creyente.

Por la vía negativa, los totalitarismos del siglo XX le dieron la razón y mostraron a través de la catástrofe lo que sucede cuando a la ciudad de los hombres se le confieren las potestades de la ciudad de Dios. Los totalitarismos, vinieron a confirmar el principio de la libertad religiosa que ya enunciara san Agustín, según el cual, aquí y ahora, es decir, en la política, el Estado puede servir a Dios limitándose a legislar con justicia y protegiendo los derechos inviolables de las personas, y al mismo tiempo reconociéndose incompetente para juzgar sobre la verdad de una religión.

Y si el Estado ya no tiene que avalar la fe verdadera, tampoco, entonces, la fe verdadera debe legitimar al Estado. Como sostiene el autor, «no puede haber una ‘Liga de Estados Cristianos’ comparable a la ‘Organización de la Conferencia Islámica’». Aunque se hubiese intentado en su momento, y aunque aún hoy en día esa tentación siga viva, la realización de una confederación de Estados cristianos sería una obra muy poco católica.

El católico puede aceptar sin ningún escrúpulo que el Estado tiene su propia autonomía siempre y cuando no actúe ni contra la ley natural ni contra la libertad religiosa. Si se acepta la relación entre lo natural y lo espiritual, también se acepta la realidad de ambas categorías y su legítima independencia. Lo natural tiene sus propias razones, al igual que lo sobrenatural y, aunque no son antagónicas ni incompatibles, sí son independientes. La Iglesia católica entiende, así, que a lo sobrenatural se le hace un flaco favor cuando se lo utiliza para argumentar sobre lo natural. Y a la política no le conviene tampoco inmiscuirse en asuntos religiosos so

pena de acabar destruyendo la ciudad de los hombres que debía custodiar. Por esa razón la democracia también puede agradecer al pensamiento religioso que sea precisamente este el que afirme que el Estado tiene la legitimidad de presentarse ante sus súbditos con argumentos puramente humanos, lo cual es olvidado a menudo por posiciones antirreligiosas que desconocen la religión y los límites que esta impone a la política.

Catolicismo y democracia viene a llenar un vacío que impedía comprendernos como demócratas. De un modo más inconsciente que deliberado, aún vivimos de las tensiones generadas a lo largo de los dos últimos siglos. Durante este tiempo, obvia decir que casi exclusivamente en Occidente, la Iglesia se ha tenido que confrontar con un régimen, el democrático, para el que estaba mal preparada, como explica el autor, dado que la democracia liberal implica la soberanía del pueblo y, por tanto, polemiza con la soberanía de Dios y con la jerarquía clerical. Dos problemas que no será sencillo resolver.

La desconfesionalización del Estado, que en un principio pudo verse por reaccionarios como Bonald, De Maistre o Lamennais como causante de un Estado ateo con leyes ateas que marginaba a los creyentes, con el tiempo ha demostrado ser algo positivo para la fe y para la política. Para la fe, porque garantiza la libertad religiosa de los ciudadanos y la neutralidad del gobierno respecto a las diferentes confesiones. Para la política, porque la Revelación impone al Estado una serie de límites que protegen también a los individuos. Esta última realidad la hemos experimentado por la vía negativa y traumática de los totalitarismos de Estado, tanto el nacionalsocialista, como el soviético, al comprobar las consecuencias de que el Estado tenga el monopolio de la verdad. La Iglesia, hoy más que nunca, puede contribuir imponiendo constricciones jurídicas, morales y espirituales que controlan y limitan a los gobernantes.

Otro problema con el que el pensamiento político católico se ha tenido que confrontar y que también, como la aconfesionalidad

del Estado, ha dado frutos positivos, es el de la soberanía popular. Si en principio la Iglesia se adaptaba mejor a regímenes aristocráticos, en los que la autoridad y la jerarquía están más estructurados, a lo largo del tiempo debió responder al principio homogeneizador propio de la democracia liberal. Con esta, y su imponente politización del mundo, la política ya no es exclusiva de una pequeña minoría, sino que el pueblo se convierte en sujeto político y, con él, nace una nueva exigencia de libertad individual que se extiende a todos los ámbitos, también al religioso. La Iglesia respondió de un modo providencial yendo aún más a fondo con el problema, y lo superó, podríamos decir, por desbordamiento. Subrayó con contundencia la vocación de los laicos por el mundo temporal y lo elevó a deber moral y religioso. En lugar de enrocarse en el principio de autoridad, o de negarlo, lo que hizo fue señalar la dignidad del laicado y su compromiso cristiano con el mundo.

Y, por último, el principio de la libertad religiosa fue la otra respuesta providencial al problema de la desconfesionalización del Estado. La Iglesia, que en principio no era favorable a la libertad religiosa, porque no veía especialmente valioso defender que una persona pueda condenarse libremente, ni la gracia de ser libre para afirmar el mal, menos aún entendía que el Estado debiese ser indiferente a la verdad y vaciarse de contenido y aspiraciones para convertirse en una política de mínimos. ¿Y entonces por qué no acompañó las teorías reaccionarias y absolutistas que sostenían como solución la unión del trono y el altar? Porque, igual que había superado el problema de la confesionalidad afirmando un principio superior como la dignidad religiosa de los laicos, ahora lo superaba sosteniendo la dignidad absoluta de la libertad personal para buscar la verdad y vivir en ella. No es que la Iglesia abandonase la tradición, es que la replanteó a la luz de una nueva filosofía política. Percibió las ventajas de un nuevo régimen político y, sin dejarse engañar por los cantos de sirena de la autonomía moral, constató que la rebaja moral y espiritual de los fines del

Estado es una salvaguarda de las libertades, tanto de los creyentes, como de la Iglesia en su conjunto. La libertad religiosa, en efecto, es el límite más eficaz contra las religiones políticas, que han demostrado con suficiencia ser el enemigo más temible de la libertad y la dignidad de las personas.

En estas páginas el lector podrá encontrar un pensamiento político católico depurado que se confronta con los problemas históricos, jurídicos, morales y políticos de nuestro tiempo, y que se interesa por medirse con la gran cuestión que hoy nos ocupa especialmente: ¿es la democracia la mejor forma de gobierno para nuestro tiempo y nuestra fe? No la esquivo, se pone de frente, y arriesga una opinión.

Armando Zerolo Durán

PRÓLOGO A LA EDICIÓN INGLESA

La teoría política es una de las disciplinas humanísticas más exigentes. Solo llegan a sobresalir en ella quienes, además de saber formular preguntas filosóficas, son también competentes en la investigación histórica y están dispuestos a aprender lo que necesitan de sus colegas de ciencias políticas. Y porque, como es natural, los hábitos del pensamiento político varían de unos países a otros, a menudo de manera sutil, deben ser conscientes de lo que las diferentes culturas políticas dan por supuesto y lo que no. De modo que, cuando la muerte nos arrebatara prematuramente a alguien que había desarrollado este conjunto relativamente raro de habilidades y sensibilidades, no solo lamentamos la pérdida de sus cualidades humanas, sino también la pérdida intelectual, porque nos vemos privados del tipo de colega que más necesitamos si queremos entender la política de nuestro pasado y presente. Así fue nuestra pena y aflicción por Émile Perreau-Saussine.

Su formación, en gran parte, consistió en la iniciación en una tradición del pensamiento político liberal marcadamente francesa, en la que el respeto por el pensamiento inglés y la experiencia política inglesa generalmente se daba por supuesto, pero a veces sin plena conciencia de lo diferentes que son la democracia inglesa y la democracia francesa, el liberalismo inglés y el liberalismo francés. Sin embargo, Perreau-Saussine, que había aprendido de

su educación, también supo trascender sus limitaciones. Había llegado a adquirir la habilidad del intérprete, alguien capaz de arrojar nueva luz sobre una teoría o un acontecimiento político, o sobre una mentalidad, iluminándola desde una perspectiva hasta entonces desconocida. Así ocurrió con su visión de mi trabajo en su primer libro, que recibió un merecido premio. Su dominio tanto del inglés como del francés, por supuesto, fue parte indispensable de esto. Pero igual de importante, o incluso más, era su imaginación política, su capacidad para comprender a ambas partes en un conflicto y para descubrir cómo se veían a sí mismos y a sus oponentes los partidarios de cada bando.

Estos dones y talentos le sirvieron para escribir este, su segundo libro. Un libro que, afortunadamente para nosotros, completó poco antes de su muerte, y que será importante tanto para los lectores anglófonos como para los lectores franceses, aunque por razones diferentes. Comenzaré por su importancia para los lectores de habla inglesa. Los problemas que planteó y sigue planteando la historia del antagonismo y la reconciliación entre la Iglesia católica y las fuerzas de la democracia secular moderna nunca tuvieron la importancia para la política inglesa que han tenido, y siguen teniendo, para la política francesa, y no es difícil entender por qué. La Iglesia católica dejó de tener influencia política significativa en Gran Bretaña a finales del siglo XVII, mucho antes de que comenzara el largo y lento movimiento desde la oligarquía del siglo XVI-II hasta la democracia parlamentaria del siglo XX. El catolicismo solamente invitaba a una consideración política seria en la medida del papel que jugaba en hacer los problemas de Irlanda tan inextricables. Por supuesto, el odio popular hacia el catolicismo fue a veces un sentimiento político útil — como los disturbios de Gordon ponen de manifiesto —, pero también fue disminuyendo de manera constante. Y durante los siglos XIX y XX, el progreso hacia la democracia electoral y la integración de los católicos en la vida política británica fueron de la mano. De hecho, la identificación



PENSAR EUROPA

Catolicismo y democracia recorre la evolución del pensamiento político católico desde la Revolución francesa hasta hoy. Émile Perreau-Saussine analiza cómo la Iglesia respondió a la democracia liberal, un sistema para el que no estaba preparada. A través de figuras como Joseph de Maistre, Tocqueville y Péguy, y la detallada descripción de lo acontecido en los Concilios Vaticano I y II, muestra cómo la Iglesia redefinió su relación con el Estado tras perder su estatus con la caída de la monarquía.

Inicialmente, los católicos abrazaron el ultramontanismo, buscando en el papado una nueva autoridad. Esta postura, aunque rechazaba el liberalismo, asumía uno de sus principios: la autonomía de la Iglesia frente al Estado. Más tarde, ante el totalitarismo del siglo XX, la Iglesia recuperó elementos galicanos y aceptó también la autonomía del Estado, en nombre de la libertad religiosa. Perreau-Saussine señala que los católicos terminaron aceptando la democracia liberal, aunque con reservas sobre sus implicaciones para la libertad religiosa.

«Esto es mucho más que una historia política. Debería ser lectura obligada para los teólogos católicos y quizás para cierto tipo de ateos políticos. Lo más importante de todo es que este libro es, en sí mismo, una contribución adicional a la misma historia controvertida que narra»

— Alasdair MacIntyre

Depósito Legal: M-16213-2025



ISBN: 978-84-1339-243-1



9 788413 392431

CATOLICISMO Y DEMOCRACIA